

Carlos V y la alta nobleza castellana: el almirante don Fadrique Enríquez

Santiago Fernández Conti

Universidad Autónoma de Madrid

Es ya una afirmación manida la complejidad que reviste el estudio de la nobleza en la Edad Moderna, debido a las múltiples facetas que presenta el estamento dirigente del antiguo régimen. Ya sea desde el punto de vista político, social o económico, amplia es la historiografía sobre el tema, diversos han sido los métodos empleados para la investigación y, en consecuencia, dispares las interpretaciones y las conclusiones ¹.

Nuestro interés se centra aquí en el papel de la alta nobleza en el cambiante contexto sociopolítico castellano de la primera mitad del siglo XVI. Es decir, en la posición que les correspondía en el sistema como estamento dominante, y la forma que tuvo el soberano de reconocer tal posición, mediante el establecimiento de unas determinadas formas de relación con las emergentes estructuras de la Corte, centro en el que se integraban el gobierno del territorio y de la Casa Real. Se trata, pues, de investigar dichos vínculos desde una óptica estrictamente política, aunque es evidente que en su construcción intervinieron factores de diversa índole. En particular, el reinado del Emperador se ha beneficiado de algunos estudios relativamente recientes sobre el aspecto económico de sus relaciones con la aristocracia, que extraen interesantes conclusiones sobre su articulación, en favor de la autoridad monárquica, a partir de la famosa «deuda» del estamento nobiliario, que comenzó a ser patente desde la cuarta década de la centuria ².

Para abordar la cuestión hemos optado por un ejemplo práctico, el análisis de la conducta de don Fadrique Enríquez de Cabrera, cuarto almirante mayor de Castilla de los de su linaje. Su caso resulta especialmente interesante, no sólo porque era uno

¹ Valgan las siguientes recopilaciones bibliográficas, aunque los últimos años han abundado los estudios nobiliarios: GARCÍA HERNÁN, D. «El estamento nobiliario: los estudios clásicos y el nuevo horizonte historiográfico», *Hispania*, 53/2, 1993, num. 184, pp. 497-539; COLAS LATORRE, G., y SERRANO MARTÍN, E., «La nobleza en España en la Edad Moderna: líneas de estudio a partir de "la sociedad española del siglo XVI" de don Antonio Domínguez Ortiz», *Manuscrits*, 1996, núm. 14, pp. 15-37.

² YÜN CASALILLA, B. «Carlos V y la aristocracia: poder, crédito y economía en Castilla», *Hacienda Pública Española*, 108-109 (1987), pp. 81-100.

de los principales magnates del reino —a comienzos del quinientos estaba sólo por debajo, en nivel de rentas, de los títulos más opulentos—, sino porque, además de otras cualidades intelectuales, demostró a lo largo de toda su trayectoria vital poseer una gran ambición política y las facultades necesarias para colmarla.

Al margen de su actuación en tiempos de las comunidades³, la figura histórica de don Fadrique ha sido largo tiempo ignorada por la historiografía. Claro que su genealogía se puede obtener sin dificultad de los tratados al uso⁴ y, desde el punto de vista de las haciendas señoriales, existen ya aproximaciones a la dinámica económica de los Enríquez⁵. También encontramos someras referencias biográficas en algunos trabajos sobre la denominada «ciudad de los almirantes», Medina de Rioseco⁶, o en monumentos relacionados con su Casa⁷. Con todo, sólo una obra reciente ha venido a cubrir, en cierta medida, el hueco. Y decimos en cierta medida, porque el trabajo, tan ameno como riguroso, pertenece sin embargo al mundo de la literatura, y sus métodos y conclusiones, por fuerza, le alejan de la historia política⁸.

Don Fadrique fue uno de los representantes señeros de la alta nobleza castellana, que vivió a caballo entre la época de los Reyes Católicos y el reinado de su nieto, Carlos. Nació en 1460, en Aguilar de Campos, si bien poseemos muy escasa información sobre sus primeros años de su vida. Sin duda fueron acordes, en mentalidad y formación, con la elevada posición que su familia ocupaba en el reino. Cabeza del ilustre linaje de los Enríquez —aunque las malas lenguas aludían a su origen judío—, poseía una inmensa hacienda reunida a lo largo de varias generaciones de afortunado servicio a los reyes, con el señorío de Medina de Rioseco como cabeza geográfica de sus estados⁹, y el título hereditario de almirante de Castilla como representación de su estrecha vinculación a la Corona. En efecto, el mismo don Fadrique tenía sangre real en sus venas¹⁰,

³ PÉREZ, J., *La revolución de las comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1977, pp. 669-676, toma al almirante, del que realiza un extenso y particular retrato, como prototipo de la frustración de la alta nobleza con Carlos V.

⁴ Por ejemplo, LÓPEZ DE HARO, A., *Nobiliario genealógico de los Reyes y títulos de España*, Madrid, 1622, I, pp. 399-400.

⁵ YUN CASALILLA, B., «Aristocracia, Señorío y crecimiento económico en Castilla: algunas reflexiones a partir de los Pimentel y los Enríquez (siglos XVI y XVII)», *Revista de Historia Económica*, 1985, núm. 3, pp. 443-471.

⁶ Así, GARCÍA CHICO, E., *La ciudad de los almirantes*.

⁷ Por ejemplo, CASTRO Y CASTRO, M. de, *El Real Monasterio de Santa Clara de Palencia y los Enríquez, almirantes de Castilla*, Palencia, 1982, que periodiza el libro sobre las vidas de los sucesivos titulares del cargo, y se extiende sobre don Fadrique en pp. 191-209, si bien, como es lógico, se centra en sus relaciones con el monasterio; mejoró la biografía en su reciente obra, *Los almirantes de Castilla, llamados Enríquez*, Santiago de Compostela, 1999, pp. 177-233.

⁸ AVALLE-ARCE, J. B., *Cancionero del almirante, don Fadrique Enríquez*, Barcelona, 1994. Publica el autor la obra poética del almirante, con un extenso estudio biográfico previo, sin duda el mejor que ha recibido don Fadrique hasta la fecha.

⁹ Una descripción válida del señorío en MARTÍNEZ SOPENA, P., *El estado señorial de Medina de Rioseco bajo el almirante Alfonso Enríquez (1389-1430)*, Valladolid, 1977.

¹⁰ Su bisabuelo, Alfonso Enríquez, el primer almirante de los Enríquez desde 1405, fue hijo bastardo de don Fadrique, hermano de Enrique de Trastámara.

y, además, era primo hermano de Fernando el Católico, pues su tía, Juana Enríquez, se convirtió en 1447 en la segunda esposa de Juan II de Aragón, y dio a luz al rey aragonés.

Si su rango situaba a don Fadrique en un lugar preeminente en el renovado panorama nobiliario que surgió del complejo siglo xv castellano, la inteligente política matrimonial desarrollada por sus antecesores le aseguró una posición de centralidad y referencia para el resto de los grandes linajes de los reinos. Incluso desde la premisa del círculo cerrado que suponían los matrimonios entre la nobleza, un rápido repaso al árbol genealógico más reciente de don Fadrique asombra por la amplitud y la variedad de apellidos que poblaban sus ramas, tanto de la corona de Castilla como de la de Aragón.

Así, su hermano Fernando casó en 1510 con María Girón, hija del segundo conde de Ureña, mientras que sus hermanas le aproximaron a los Córdoba (Beatriz fue condesa de Cabra), los Pacheco (Juana casó con el duque de Escalona), Sotomayor (Teresa contrajo matrimonio con el conde de Belalcázar) y los Cárdenas (Teresa, hija bastarda, casó con el primer duque de Maqueda). Claro que habían tomado buen ejemplo de la generación que les precedió. Por parte de padre, su tío Pedro fue señor de Tarifa y origen del ducado de Alcalá de los Gazules, cuatro primas suyas (hijas de su tío, Enrique Enríquez) casaron con el conde de Alba de Liste (Toledo), los marqueses de Denia (Sandoval) y Priego (Córdoba) y el duque de Gandía (Borja). Tampoco sus tías, las hermanas de su padre, hicieron malos matrimonios: María Enríquez con el primer duque de Alba (Álvarez de Toledo), Leonor con el primer marqués de Astorga (Osorio), Inés con el segundo conde de Buendía (Acuña) y Aldonza con el primer duque de Cardona. Y, respecto a la familia de su madre, María de Velasco, era hermana del primer condestable de Castilla, cuyas hijas —primas por tanto del almirante—, desposaron con el marqués de Aguilar (Manrique), condes de Miranda (Zúñiga) y Ureña (Girón) y duques de Medina Sidonia (Guzmán) y Alburquerque (Cueva).

El propio don Fadrique se comprometió con Ana Cabrera, condesa propietaria del condado de Módice, en Sicilia, y también con títulos y cuantiosas rentas en Cataluña. El matrimonio, efectuado a comienzos de los años ochenta, formó parte de la estrategia del Rey Católico contra la Casa Real de Nápoles, destinando uno de los más importantes señores de la isla para un señor castellano, de probada fidelidad a su causa. De todos modos, es obvio que el parentesco no siempre fue un elemento decisivo en las complicada madeja de intereses que conformaba las relaciones nobiliarias en Castilla en la primera mitad del quinientos, y el propio don Fadrique nos proporciona buenos ejemplos durante los períodos más activos políticamente de su vida. Sin embargo, más adelante tendremos oportunidad de comprobar hasta qué punto constituyó un elemento de suma importancia durante sus últimos años, convertido en anciano patriarca del estamento nobiliario en Castilla.

En cualquier caso, don Fadrique sucedió a su padre en 1485, al poco de su regreso de Sicilia, donde había sido desterrado después de una espinosa disputa con Ramiro

Núñez de Guzmán, señor de Toral. Tras una larga temporada que pasó absorbido por los detalles de la herencia, en 1489 comenzó su servicio activo a los soberanos, cuando respondió a la llamada para acudir al sitio de Baza, en la guerra de Granada. Con todo, hasta el 14 de febrero de 1490 no recibió la sucesión oficial en el título de almirante¹¹. No parece que se distinguiera en la actividad castrense, ni tan siquiera en su vertiente marítima, como hubiera correspondido a su título recién estrenado.

Tuvo ocasión de ejercer el cargo a raíz de los intensos movimientos diplomáticos de los Reyes Católicos, en las postrimerías de la centuria, para llevar a cabo su política matrimonial. En septiembre de 1496 dirigió la numerosa flota que trasladó hasta Flandes a la princesa Juana, prometida del archiduque Felipe; y pocos meses después, en marzo de 1497, se trajo de vuelta a Margarita, futura esposa del príncipe Juan, el malogrado heredero de Isabel y Fernando.

Años de regencias (1504-1520)

El almirante don Fadrique comenzó realmente a considerar sus opciones políticas, como otros miembros de la nobleza, durante los acusados vacíos de poder monárquico que sucedieron en Castilla tras la muerte de la reina Isabel. Y se movió siempre según la conveniencia de sus propios intereses, que le hacían oscilar entre las facciones enfrentadas con engaños y disimulaciones, y sin atender a parentescos, más o menos cercanos. Ya en 1502 había hospedado con grandes fiestas en su palacio de Valladolid a Juana y a Felipe, cuando llegaron para ser jurados herederos al trono castellano¹². Si esta actitud era considerada la normal en tales casos, la situación cambió radicalmente tres años más tarde, cuando hubo que tomar partido entre el suegro y el yerno.

A lo largo de 1505, desde Bruselas y por consejo del poderoso ministro, don Juan Manuel, el archiduque Felipe se dedicó a ganarse para su causa a los principales nobles del reino de su esposa. De este modo, el almirante, «que lo bulle todo de secreto», hizo saber en Flandes su descontento con su primo, don Fernando¹³. La estrategia dio resultado: don Felipe le confirmó su título de almirante de Castilla, al que añadió como novedad cargo similar sobre el reino de Granada, seguramente a instancias del propio don Fadrique¹⁴; en consecuencia, una vez desembarcados los nuevos soberanos, a comienzos de 1506, y tras las entrevistas entre ambos monarcas, abandonó la Corte de don Fernando para unirse al séquito de sus hijos¹⁵.

¹¹ PÉREZ EMBID, F., *El almirantazgo de Castilla hasta las capitulaciones de Santa Fe*, Sevilla, 1944, p. 159, a partir de documentación original.

¹² PADILLA, L. de, «Crónica de Felipe I llamado el Hermoso», *CODOIN*, 8, p. 85.

¹³ ALBA, Duque de, *Correspondencia de Gutierre Gómez de Fuensalida, embajador en Alemania, Flandes e Inglaterra (1406-1509)*, Madrid, 1907, pp. 350 y 359.

¹⁴ Por cartas de 5 de mayo y 29 d: octubre (publicadas en *CODOIN*, 8, pp. 295 y 361).

¹⁵ PADILLA, L. de, *op. cit.*, p. 143.

Sin embargo, cuando retirado el Rey Católico a sus estados patrimoniales, don Felipe trató de declarar incapaz a su mujer para controlar el poder, el almirante fue el único de los magnates presentes (el duque de Alba nunca apareció por la Corte de Felipe I) que se opuso tenazmente a la maniobra ¹⁶. Quizá por ello no parece que llegara a congeniar con don Felipe durante los meses de su efímero reinado. Es más, se llegó a dudar de su lealtad, y por ello se le exigió como garantía la entrega de una de sus fortalezas, mandato que no fue obedecido por el almirante, que por esta circunstancia tuvo un agrio enfrentamiento con don Juan Manuel.

Afortunadamente para don Fadrique, el reinado de Felipe I fue corto. No es de extrañar, pues, que, con el monarca a las puertas de la muerte, se alineara el almirante en el bando de los que solicitaban el regreso de Fernando para ocupar el gobierno, junto al condestable y el duque del Infantado, y en contra del duque de Nájera y el marqués de Villena, los Grandes que más habían apoyado a Felipe, y que con razón temían la reaparición del aragonés ¹⁷. Producido el óbito, firmó una concordia que suscribieron los diferentes bandos nobiliarios, con el fin de garantizar un mínimo de estabilidad en el reino, pero su postura distó mucho de la claridad.

En realidad, parece que el gran problema del almirante era su primo, el segundo duque de Alba, el único personaje de la alta nobleza que había permanecido completamente fiel al Rey Católico, y del que se presumía en consecuencia que sería su próximo privado ¹⁸. Don Fadrique tenía sus propias aspiraciones políticas que no admitían la presencia de un competidor de esa talla, así que se dedicó a jugar sus opciones tanteando a los miembros de la facción contraria: mientras requería la vuelta del Rey Católico —lo que no le impedía poner «precio» a su apoyo— ¹⁹, contemporizó con los miembros más conspicuos del felipismo, que maniobraban con Maximiliano para ofrecer la Corona directamente al príncipe Carlos, convenientemente asistido por unos gobernadores ²⁰. Finalmente, una vez que Fernando el Católico se hubo ganado para su causa al conde de Benavente y al duque de Béjar, el almirante comenzó a comprender por dónde soplaban el viento y se avino a razones con el rey ²¹.

Durante su segunda regencia en Castilla, el monarca aragonés se preocupó de mantener al almirante de su lado, consciente de su enorme peso en el reino. Probablemente, la mejor muestra de su actitud fue la confirmación del almirantazgo de Granada, por

¹⁶ ZURITA, J., *Historia del rey don Hernando el Católico, de las Empresas y Ligas de Italia*, Zaragoza, 1610, pp. 73 y 75.

¹⁷ ZURITA, J., *Historia del rey...*, op. cit., p. 81.

¹⁸ ZURITA, J., *Historia del rey...*, op. cit., p. 106.

¹⁹ Como la tenencia de la fortaleza de Simancas y otras prebendas para parientes y deudos (ZURITA, J., *Historia del rey...*, op. cit., p. 110).

²⁰ ZURITA, J., *Historia del rey...*, op. cit., pp. 93v ss.

²¹ ZURITA, J., *Historia del rey...*, op. cit., p. 133v.

carta de privilegio fechada el 26 de enero de 1510²². El título le daba derecho a ejercer su jurisdicción y el cobro de impuestos, mediante el nombramiento de los oficiales oportunos, en tribunales establecidos al efecto en Málaga, Almería y Marbella. La novedad impresionó grandemente a las ciudades afectadas, que recurrieron a todos los medios legales a su alcance para anular la iniciativa, con el único resultado de limitar la existencia del cargo a la vida de don Fadrique. Los inevitables conflictos jurisdiccionales que se dieron en Málaga los años siguientes entre los ávidos agentes del almirante y las autoridades locales fueron siempre resueltas a favor del primero gracias a la intervención de don Fernando. En correspondencia, don Fadrique prestó su ayuda al monarca cuando fue requerido para ello y, así, en marzo de 1512 enviaba sus mesnadas para apoyar a las tropas reales en la contienda navarra²³.

La muerte de su primo, el rey Fernando —a cuyo lado estuvo en el último trance— no privó a don Fadrique de la protección del gobierno, ahora encabezado por Cisneros, en el conflicto de Málaga. Probablemente porque al cardenal no le quedó más remedio que reaccionar ante lo que fue uno de los más claros desafíos a su autoridad. En efecto, en marzo de ese mismo año la ciudad se levantó contra el enviado del regente, y rechazó violentamente cualquier forma de jurisdicción del almirantazgo, al tiempo que acudía a Flandes para explicar la situación al príncipe Carlos. Cisneros, tras comprender que los métodos pacíficos daban escaso fruto, decidió emplear la fuerza con la debida contundencia. Nombró a Antonio de la Cueva, señor de Ladrada, como capitán general y despachó una fuerza considerable a la ciudad rebelde. Oportunas negociaciones, cerradas en el mes de diciembre (incluido el envío de Juan de Zúñiga y Avellaneda desde la Corte de Flandes), evitaron el derramamiento de sangre, y durante un tiempo el almirantazgo estuvo administrado por un vecino de Málaga²⁴.

Con todo, a mediados de 1517, quizá como gracia del nuevo monarca que pisaba por vez primera suelo castellano, don Fadrique recuperaba plenamente los derechos concedidos en Málaga. Desde Bruselas, el rey Carlos I había mantenido buena correspondencia con el almirante, en la que reconocía sus méritos en el mantenimiento de la paz en los reinos²⁵. Preparado el terreno, parece que el magnate no recibió mal a los dignatarios extranjeros que integraban el séquito del soberano y, de hecho, no nos consta protesta alguna por su parte ante el nombramiento del más principal, el señor de Chievres, como capitán general de las galeras de las coronas de Castilla y Aragón, hacia el mes de abril de 1517²⁶, elevado cargo que se incluía claramente en

²² Sobre el tema, BEJARANO ROBLES, F., «El almirantazgo de Granada y la rebelión de Málaga, en 1516», *Hispania*, 15 (1955), pp. 73-109, si bien considera el autor que se trataba de un título nuevo, sin conocer la concesión previa de Felipe I.

²³ RAH, Ms. M-50, fol. 55v.

²⁴ *Ibidem*. Véase además diversa documentación en AGS, E., leg. 1-II, núms. 261-275, 281.

²⁵ RAH, Ms. M-50, fol. 56, resúmenes de cartas del rey de 10 y 20 de octubre de 1516 y 4 de abril de 1517.

²⁶ AGS, CC, lib. ced. 36, fol. 119r.

la esfera de actuación del almirante mayor de Castilla. Pero no eran tiempos para reivindicaciones estériles, que podrían traer más problemas que frutos; es más, don Fadrique intentó aprovechar la situación en beneficio propio, con ocasión de uno de los numerosos pleitos que, para entonces, le enfrentaban con el Consejo de Castilla a propósito de ciertos derechos de su sobrino, el conde de Ribadeo. En tales circunstancias, en abril de 1518 defendía calurosamente al gran canciller, Jean de Sauvage, e incluso escribía al monarca para recomendarlo como presidente del Consejo, en lugar de aquel que se dedicaba a importunar a personajes de su alcurnia²⁷. Claro que la sugerencia no tuvo mucho efecto, máxime cuando al infortunado ministro apenas le quedaban dos meses de vida.

De todas formas, su adhesión fue reconocida y, además del apoyo real en negocios menudos del almirantazgo —como sucedió en mayo de 1518 con ciertas presas de moros en la costa almeriense—²⁸, don Fadrique recibió los honores debidos a su posición: formó parte de su séquito en el viaje a la Corona de Aragón²⁹ y, en Barcelona, recibió su parte en las jugosas mercedes repartidas por el soberano entre las elites del principado de Cataluña, pues vio confirmado su título de almirante mayor de Castilla, recibió una veinticuatría de Jerez³⁰ y, por último, fue admitido en la Orden del Toisón de Oro.

Gobernador de Castilla (1520-1522)

Sin duda, la figura del cuarto almirante de los Enríquez es conocida sobre todo por su participación en el conflicto de las Comunidades de Castilla. El levantamiento de las ciudades castellanas, sus causas y consecuencias, ha sido objeto de buenos estudios desde diferentes puntos de vista³¹. En consecuencia, la trayectoria del almirante, uno de sus principales protagonistas, ha sido analizada con minuciosidad, y para la historia ha quedado la imagen de un aristócrata dialogante con los sublevados, tratando siempre de buscar puntos de encuentro que evitaran destrucción y derramamiento de sangre, mito que fue matizado en gran medida por Joseph Pérez en su obra fundamental.

²⁷ AGS, E., leg. 5, núm. 28.

²⁸ AGS, CC, lib. ced. 36, fol. 169v.

²⁹ Sobre el viaje a Cataluña, las cédulas de julio y noviembre de 1518 autorizando el paso de su numerosa comitiva y el adecuado aposento en la ciudad condal (AGS, CC, lib. ced. 36, fol. 230 y lib. ced. 43, fol. 63).

³⁰ DANVILA, V, p. 185.

³¹ Por citar sólo los estudios clásicos generales, MARAVALL, J. A., *Las Comunidades de Castilla: una primera revolución moderna*, Madrid, 1963; GUTIERREZ NIETO, J. L., *Las Comunidades como movimiento antiseñorial (la formación del bando realista en la guerra civil castellana de 1520-1521)*, Barcelona, 1973; PÉREZ, J., *La revolución de las comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1977; HALICZER, S., *Los comuneros de Castilla: la forja de una revolución (1475-1521)*, Valladolid, 1987. Respecto a las fuentes impresas, sigue siendo de gran utilidad DANVILA Y COLLADO, M., *Historia crítica y documentada de las Comunidades de Castilla*, 5 vols., Madrid, 1897-1899 (en adelante DANVILA).

Según el historiador francés, el almirante supo ver que un acuerdo entre las ciudades y la monarquía, arbitrado por la nobleza, devolvería a ésta el poder político, al tiempo que evitaría la destrucción de sus estados, caso de alargarse el conflicto ³². Plenamente de acuerdo con este punto de vista, aquí intentaremos únicamente incidir en algunos aspectos que nos permitan comprender mejor su actuación política.

En un principio, parece que el almirante no asistió a las primeras muestras de la rebelión. En algún momento del verano de 1520, una vez el rey hubo embarcado en Galicia, se dirigió hacia Cataluña, principado en el que se entretuvo una temporada. En Castilla había quedado como gobernador el antiguo maestro de Carlos, Adriano de Utrecht, en una decisión que, en sí misma, había evidenciado una clara desconfianza del entorno imperial hacia la alta nobleza castellana. Pero bastaron pocas semanas para concluir que el nombramiento de un extranjero no había sido una política acertada. Tras la quema de Tordesillas, a finales de agosto, el poder real se desmoronó, mientras los sublevados confirmaban la Santa Junta como la única institución vigente en Castilla, incluso, pensaban, con la aquiescencia de la reina Juana, cuya morada en Tordesillas había sido ocupada por los rebeldes.

Fue entonces cuando la Corte de Flandes decidió acometer una serie de medidas de mayor calado. El 9 de septiembre de 1520, Carlos V asoció a dos gobernadores castellanos al cardenal Adriano, al almirante y a su primo, el condestable de Castilla, don Íñigo Fernández de Velasco, segundo duque de Frías. Es obvio que, con este movimiento, Carlos V pretendía congraciarse con una nobleza que, por otro lado, no tardaría en sentirse amenazada por el rumbo del conflicto. No quedan claras, sin embargo, las razones que llevaron a Carlos V a elegir a ambos nobles para tan ardua tarea. Sin duda se trataba de dos representantes señeros de la alta nobleza, de probada fidelidad a la Corona, aunque desde luego no eran los únicos de su rango disponibles, y sería discutible si eran los más capaces. Quizá fue debido al carácter de sus títulos, que si para entonces eran en gran medida honoríficos, la emergencia de la situación tuvo la virtud de poner en primer plano su función original; al menos en el caso del condestable, que ya había reclamado como perteneciente a su oficio la capitanía general, cuando fuera nombrado Antonio de Fonseca, huido a Portugal tras el asalto a Tordesillas.

De todos modos, ninguno de los nuevos gobernadores fue aceptado por la Santa Junta, que los rechazó por considerarlos parte de una maniobra del poder real, además de guardar fuertes recelos hacia su condición aristocrática. El condestable, que se hallaba en Burgos, aceptó el nombramiento, pero nada se sabía del almirante, que no regresó a Medina de Rioseco hasta mediados de noviembre y, se decía, mal dispuesto a aceptar la gobernación del reino. Parece que dilató su vuelta hasta obtener del Emperador ciertas concesiones, referentes al alcance de su poder, que fueron mal recibidas en la Corte flamenca ³³.

³² PÉREZ, J., *op. cit.*, p. 245.

³³ PÉREZ, J., *op. cit.*, pp. 243-244.

Ya instalado en su palacio, pero todavía sin haber aceptado oficialmente el nombramiento, don Fadrique entabló negociaciones con los comuneros, singularmente con la ciudad de Valladolid, sin ningún resultado ³⁴. A finales de noviembre, cuando los ejércitos se miraban frente a frente en las inmediaciones de Medina de Rioseco, don Fadrique tomó la voz de la nobleza en la discusión de las operaciones militares, obviando la presencia del cardenal en los Consejos formados para tomar las decisiones; para entonces, sin embargo, seguía sin aceptar el cargo de gobernador hasta que se levantasen las restricciones impuestas ³⁵. Se discutía la política a seguir entre los nobles, partidarios de no presentar batalla con el ejército comunero y establecer guarniciones en las ciudades más importantes —debido a la falta de dinero—, y el cardenal y otros letrados, decididos a acometer a los rebeldes para terminar cuanto antes con un problema que estaba sangrando las arcas reales. La solución vino dada por el propio ejército comunero, comandado por Pedro Girón, que levantó el campo para ocupar Villalpando y dejó el camino expedito hacia Tordesillas, ante lo que se decidió marchar sobre la ciudad, para liberar a la reina Juana.

La toma de Tordesillas, en los primeros días de diciembre, no eliminó las tensiones entre los fieles al poder monárquico, con el elemento añadido del recién adquirido control sobre la soberana. De este modo, en su deseo de alzarse con el liderazgo del bando realista, el almirante, que todavía no había aceptado oficialmente el cargo de gobernador, hubo de enfrentar serios obstáculos. Provenían éstos del entorno del condestable, ya fuera desde Burgos, donde permanecía, o de sus deudos presentes en Tordesillas.

Si comenzamos por la situación en Tordesillas, don Fadrique entendió que el reconocimiento de la capacidad de doña Juana para el gobierno suponía una oportunidad de oro para colmar su ambición, pues el que era el noble más poderoso situado en su entorno podría manejar sin demasiados problemas la regia voluntad. Desde este punto de vista, es significativo que acusara la falta de los oficiales necesarios de la Casa Real para mantener en activo los engranajes del gobierno, circunstancia que le hizo emplear para tal fin a sus propios criados ³⁶. Y, cubiertas las necesidades administrativas, intentó que la soberana emitiera ciertas órdenes relativas a la negociación con los comuneros, pero se encontró con la oposición de aquellos que creían que Juana debía ser apartada del gobierno, no sólo por su manifiesta inutilidad, sino porque había sido un arma potencial en manos de los comuneros, posibilidad de legitimación que había que eliminar de raíz; así, el comendador mayor Hernando de Vega (deudo del condestable, que permanecía en Burgos) fue el encargado de abortar el movimiento de don Fadrique ³⁷.

³⁴ Descritas ampliamente por PÉREZ, J., *op. cit.*, pp. 246 ss.

³⁵ Carta del cardenal Adriano al Emperador, 4 de diciembre de 1520 (DANVILA, II, pp. 624-625).

³⁶ Fue el caso de su secretario, Francisco de Valdés, a quien en carta de 26 de enero de 1521, después de explicar el problema, recomendaba que fuera recibido como secretario real (AGS, E., leg. 8, núm. 226).

³⁷ Cartas de Vega al condestable y al Emperador, 8 y 9 de diciembre de 1520 (DANVILA, II, pp. 636-640).

En el plano militar, la situación de don Fadrique también estaba en el centro de la controversia. Había tenido que aceptar el nombramiento del hijo del condestable como capitán general de las tropas, pero no estaba dispuesto a dejar el protagonismo. A decir de algunos, el almirante dominaba la situación y pretendía diferir los combates con remedos de conversaciones de paz, al tiempo que tenía al cardenal en un puño; se trataría de impedir que la lucha tuviera lugar en sus tierras ³⁸. Para otros, sin embargo, don Fadrique habría planteado al cardenal Adriano la necesidad, dada la crítica situación económica, de salir al campo con los caballeros y buscar al ejército comunero para trabar combate cuanto antes, mientras el cardenal quedaba en la guarda de la reina; por el contrario —según esta versión—, otra facción era proclive a esperar, a fin de juntar más gente y procurar dinero de Portugal ³⁹.

Otro episodio de esta pugna se desarrollaba en Burgos, pues el almirante debía afrontar las acusaciones de los miembros del Consejo Real reunidos en aquella ciudad con el condestable, quienes achacaban los intensos ataques que recibían del magnate a la sentencia adversa dictada en el caso del condado de Ribadeo, como ya vimos ⁴⁰. En este sentido, don Fadrique luchó para mantener al cardenal Adriano a su lado, primero para que desde Medina de Rioseco se dirigiera a Tordesillas, en lugar de Burgos como reclamaba el condestable, y luego para retenerlo allí en contra de las presiones de don Íñigo y órdenes del monarca. Era perfectamente consciente de que la articulación de los diferentes elementos del gobierno real en aquella villa supondría una grave merma a su autoridad y pretensiones ⁴¹.

Con todo, el 3 de enero de 1521 el almirante aceptó oficialmente la gobernación del reino. Desde esta nueva posición, comenzó a inundar la Corte Imperial con enviados que explicaban con todo lujo de detalles sus movimientos anteriores, las recomendaciones para el futuro y los deservicios que realizaban aquellos a los que se atrevía a atacar directamente, como el marqués de Denia, a cuyo cargo estaba la desdichada reina Juana. Al poco, envió a Luis de la Cueva para rogar al Emperador su presencia inmediata en Castilla, único remedio posible para todos los males del reino ⁴².

La batalla de Villalar, en el mes de abril, acabó con el movimiento comunero, aunque persistieran determinados focos de resistencia, como era el caso de Toledo. Pero todavía quedaba más de un año para el regreso del Emperador, año en el que los gobernadores no permanecieron ociosos, pues, al tiempo que restañaban a su manera las profundas heridas del reino, debieron enfrentar nuevas amenazas provenientes de Francia. A todo ello se aplicó el almirante, cuyo estado de ánimo decayó progresivamente, afectado

³⁸ Carta del licenciado Alarcón al Rey, 20 de enero de 1521 (DANVILA, III, pp. 52-53); ésta es la versión defendida por PÉREZ, *op. cit.*, p. 253.

³⁹ Carta del licenciado Polanco, que afirmaba ser testigo de la conversación, al Rey (DANVILA, III, pp. 48-51).

⁴⁰ Carta del Consejo al Rey, 18 de diciembre de 1520 (DANVILA, II, pp. 664-665).

⁴¹ Carta del cardenal al Rey, 22 de enero de 1521 (DANVILA, III, pp. 57-61).

⁴² El 13 de diciembre (AGS, E., leg. 8, núm. 269; DANVILA, II, p. 656, citando erróneamente el núm. 161).

no sólo por la actitud del Emperador —quien, a su entender, no reconocía los evidentes méritos del anciano ministro—⁴³ sino también por las múltiples batallas intestinas con sus compañeros en la gobernación, en especial el condestable, que afectaban seriamente a su prestigio en la Corte Imperial.

En el mes de mayo, desde Segovia, el almirante despachaba de nuevo a Angelo de Bursa a la Corte Imperial, con la misión de presentar la situación a Carlos V⁴⁴. Las preocupaciones de don Fadrique eran, en primer lugar, el regreso del monarca, como único remedio verdadero para la situación del reino; después, la recompensa debida a los Grandes, que habían posibilitado la victoria del bando realista; la situación de los condenados y sus bienes y, por último, aunque no en su importancia, la amenaza francesa que comenzaba a tomar cuerpo en la frontera de Navarra, desguarnecida por el despacho de tropas a Castilla. Era necesario, insistía don Fadrique, alcanzar rápidamente un concierto, cualquiera que fuese, con la todavía rebelde Toledo para concentrar los esfuerzos en el nuevo desafío que se cernía en el horizonte.

En el momento en que don Fadrique exponía por escrito la gravedad de la situación, el príncipe de Bearne, apoyado por el rey francés, entraba en Navarra y ocupaba sin oposición las plazas más importantes. Los gobernadores reunieron apresuradamente sus tropas y se dirigieron hacia Burgos, a repeler la nueva amenaza. En esos momentos, acuciado por las noticias que le llegaban de la Corte Imperial, el almirante se creyó en la necesidad de justificar su conducta durante los últimos meses, mediante un sistemático ataque a sus enemigos —es decir, el condestable y sus secuaces— que le arrinconaban en la toma de decisiones en consejo de guerra⁴⁵. La batalla de Noáin —30 de junio— en la que el almirante tuvo un papel destacado, terminó de momento con las apetencias galas.

Pero tampoco esta vez la victoria llevó la paz entre los servidores de Carlos V. Sirva como muestra la pelea por el jugoso arzobispado de Toledo, vacante tras la temprana muerte de Croy. En el mes de agosto, el condestable solicitó la mitra para uno de sus hijos, don Bernardino de Velasco; al mismo tiempo el almirante apoyaba la pretensión para la dignidad de un hijo del duque del Infantado⁴⁶. En estas condiciones, don Fadrique desconfió claramente de la llegada del nuevo enviado imperial, Diego Hurtado de Mendoza, marqués de Cañete, que tenía la misión primordial de procurar «... la conformidad de los gobernadores y Consejos...»⁴⁷. Un par de meses después, Hurtado de Mendoza había reunido la suficiente experiencia sobre el trato con el almi-

⁴³ Una relación, sin fecha, de las numerosas peticiones del almirante, en DANVILA, IV, pp. 357-362.

⁴⁴ AGS, E., leg. 2-I, núm. 245; instrucción y creencia en DANVILA, IV, pp. 15-24.

⁴⁵ Creencias para Angelo de Bursa, firmadas el 11 y 21 de junio de 1521 (DANVILA, IV, pp. 188-196, 200-207).

⁴⁶ AGS, E., leg. 2, núms. 10 y 11; sin embargo, el 6 de septiembre el almirante rectificó y pidió la dignidad para el condestable (DANVILA, IV, p. 464).

⁴⁷ AGS, E., leg. 9, núm. 3. La desconianza del almirante en la creencia a Angelo de Bursa, de 10 de agosto de 1521 (DANVILA, IV, pp. 369-371).

rante como para asegurar a Carlos V —a propósito de los poderes y salarios de los gobernadores— que «... así como se descontenta de los negocios un día, se contenta otro, por donde no es mucho trabajo tratar con él»⁴⁸.

En los primeros días de septiembre de 1521, aprovechando el traslado de los gobernadores hacia Madrid para terminar con la rebelión de Toledo, don Fadrique se retiró a su casa, y a finales de mes el enviado del rey, Hurtado de Mendoza, informaba de sus muy escasos deseos de incorporarse al servicio real⁴⁹. Terminó por regresar al poco, urgido por las noticias que llegaban sobre nuevos preparativos de guerra en Francia. Se reunió con el cardenal y el condestable en Vitoria, donde al poco llegó un cualificado emisario del Emperador. Sancho Martínez de Leyva —personaje muy apreciado por el almirante— traía el encargo de anunciar el inmediato regreso de Carlos V a los afligidos reinos ibéricos. Pero, a tenor de las noticias que despachó al monarca, a Leyva le fue encomendado, muy especialmente, que tratara de aplacar las reclamaciones del almirante, quien sentía que «... V. Mag. le tenía olvidado, y que su vejez era ya mucha» por lo que estaba decidido a partir de nuevo hacia su casa. Los buenos oficios del marino, asegurando la voluntad real de recompensar a don Fadrique, apenas alcanzaron a satisfacer al gobernador⁵⁰.

A principios de octubre un ejército galo desbordaba las maltrechas defensas, y el día 18 caía Fuenterrabía. Hubo que organizar de nuevo el ejército, y el condestable y el almirante se pusieron de acuerdo en recomendar la llegada de la primavera para reanudar las operaciones y, por su cuenta y riesgo, despidieron a los Grandes y caballeros, en contra de la opinión del tercer gobernador⁵¹; de todas formas, Adriano fue elegido para el solio pontificio, y no tardó en embarcarse hacia Roma. Durante el primer semestre de 1522, las operaciones languidecieron, y se esperaba con ansiedad el retorno del Emperador. En este tiempo, el almirante recrudeció sus ataques contra el tesorero general, Francisco de Vargas, pues tenía sus propios candidatos para el manejo del erario real, Alonso Gutiérrez de Madrid y Juan de Vozmediano; con todo, la necesidad de asegurar la financiación del ejército que combatía a los franceses hicieron vanos los esfuerzos de don Fadrique⁵².

⁴⁸ DANVILA, IV, p. 633.

⁴⁹ AGS, E., leg. 19, núm. 244, carta de 23 de septiembre de 1521.

⁵⁰ Carta de Leyva al Rey, 10 de octubre de 1521 (AGS, E., leg. 2-I, núm. 230). Sobre el aprecio de don Fadrique por Leyva, en junio de 1521 lo había recomendado calurosamente al Rey, y el mes siguiente le confiaba sus problemas para hablar con el Emperador (DANVILA, IV, pp. 188-196, 269-271 y 277-279).

⁵¹ Carta del cardenal de Tortosa al Emperador, 5 de diciembre de 1521 (DANVILA, IV, p. 677).

⁵² Al respecto, CARLOS MORALES, C. I. de, *Carlos V y el crédito de Castilla. El tesorero general Francisco de Vargas y la Hacienda Real entre 1516 y 1524*, Madrid, 2000, pp. 37-42.

El difícil retiro de un aristócrata decepcionado (1523-1538)

Cuando Carlos V por fin desembarcó en la península, en julio de 1522, los humores del almirante —impedido para salir recibirle por su mal estado de salud—⁵³ continuaban bajos. Y los primeros movimientos del Emperador apenas contribuyeron a variar su estado de ánimo. Tardó pocas semanas en manifestar sus primeras desavenencias, no sólo con la manifiesta influencia en el entorno imperial de ministros extranjeros (se refirió, expresamente, a Gattinara y Gorrevod)⁵⁴, sino a propósito de la suerte corrida por Pedro Girón, hijo del conde de Ureña, y que había capitaneado las tropas de la comunidad. Ver su nombre exceptuado del perdón general enfadó grandemente a don Fadrique —que había empeñado su palabra con el revoltoso noble—, y a comienzos de septiembre se retiró de la Corte, sin preocuparse en ocultar su malestar⁵⁵.

En adelante, el almirante de Castilla vivió la mayor parte del tiempo ausente de la Corte. Su postergación política fue manifiesta, aunque el peso de su linaje sirvió para levantar el castigo de don Pedro Girón, en marzo de 1524⁵⁶, y también para que el rey contara con el anciano magnate para algunas misiones que requerían hombres de su rango, como la visita a Tordesillas en 1525 para tratar de la salida de la infanta Catalina, comprometida en Portugal⁵⁷. Retirado en sus estados, cultivó sus gustos literarios —compartió amistad y letras, entre otros, con Juan Boscán, el médico Villalobos y Gonzalo Fernández de Oviedo—⁵⁸, pero también vivió, al parecer, una profunda crisis espiritual, que le acercó, brevemente, a notorios «iluminados»⁵⁹.

Con todo, mientras el César permaneció en sus reinos ibéricos, hasta el año 1529, don Fadrique recibía su respeto y consideración mediante una correspondencia regular⁶⁰. Además de asuntos relativos al gobierno de sus estados⁶¹, el César enviaba a su viejo

⁵³ DANVILA, V, pp. 198-201, carta al Rey de agosto de 1522.

⁵⁴ DANVILA, V, p. 228.

⁵⁵ RODRÍGUEZ VILLA, A. (ed.), «El emperador Carlos V y su Corte, según las cartas de D. Martín de Salinas embajador del Infante Don Fernando», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 43 (1903), p. 66; véanse además las cartas del almirante en DANVILA, V, pp. 220-227, 273-278, 410-415, y AGS, E., leg. 19, núm. 244.

⁵⁶ DANVILA, V, p. 503. En 1528, don Pedro se convirtió en el tercer conde de Ureña, título que disfrutó hasta su muerte, en 1531.

⁵⁷ DANVILA, V, pp. 547-549; aprovechó el almirante para arremeter contra su viejo enemigo, el marqués de Denia, con quien, decía, estaba muy descontenta la reina Juana.

⁵⁸ Nos remitimos al estudio citado de AVALLE-ARCE, J. B.

⁵⁹ Hacia 1525 intentó reunir a un grupo de sacerdotes, que pronto se revelaron como «iluminados», situación que llevó a don Fadrique a recular en su idea inicial (*ibidem*, pp. 132 ss.).

⁶⁰ Véase su correspondencia durante estos años en AGS, E., legs. 12 a 19.

⁶¹ Por ejemplo, en 1522 el Emperador envió al señor de La Chaulx a casa del almirante para requerir su opinión acerca de la recuperación de Fuenterrabía (DANVILA, V, pp. 429-432 y 461-465); en junio de 1527 avisó a don Fadrique de movimientos turcos en la costa mediterránea, a fin de que hiciera apercebir sus posesiones en Cataluña (RAH, Ms. M-50, fol. 57). En este sentido, es preciso apuntar que la presencia

servidor hermosos regalos —como un halcón neblí—⁶² y don Fadrique no perdía ocasión para repartir consejos, de oficio o a petición de su señor. El anciano aristócrata correspondía con una abundante epistolario, en el que aconsejaba largamente al joven monarca en cosas cumplideras a su servicio⁶³, o incluso se permitía reprenderle, enterado de que el día de San Juan había participado en una justa con grave riesgo de su integridad física⁶⁴.

Así por ejemplo, el 14 de marzo de 1525, desde Mansilla, felicitaba al joven soberano por la decisiva victoria de Pavía, y hacía gala de una acusada francofobia —producto con toda seguridad de las contiendas que había vivido con la potencia vecina a lo largo de su vida— al tiempo que le recomendaba estrechar sus relaciones con el rey de Inglaterra, pues debía «... acordarle lo que tiene perdido, y que tiene tiempo de cobrallo, y lo mismo se deve hacer de todos aquellos a quien Francia con su tiranía ha deshecho sus estados»⁶⁵. Transmitía también su conocimiento directo del reino de Sicilia⁶⁶, pero también había veces, las menos, en las que el almirante se declaraba incapaz de encontrar el aviso más adecuado para la circunstancia requerida. Tal sucedió a finales de 1526, cuando el Emperador pidió su juicio sobre la complicada situación en Hungría tras el avance arrollador de los turcos y, después de pasar varias noches en vela, «... la vajeza de mi entendimiento no ha representado cosa a la memoria que me satisfaga para darla a tan gran príncipe en tan gran materia»⁶⁷.

Por debajo de la alta política, y como el gran señor que era, don Fadrique también se preocupó en su correspondencia con el monarca de atender los vastos intereses de su Casa, ya fuera con las oportunas recomendaciones a familiares y deudos⁶⁸, o en atención a los numerosos pleitos en los que se embarcó, como veremos más adelante. En este sentido, buen conocedor de los entresijos del poder, no descuidó sus relaciones con los principales ministros de la Corte, a fin de tener debidamente atendidos los numerosos negocios de toda índole que afectaban a su Casa. Tenemos constancia de los escritos enviados al emergente secretario, Francisco de los Cobos, a quien incluso

del almirante en Cataluña, a través de su matrimonio y que incluso le permitía sentarse en las Cortes del principado (*ibidem*), es un tema que requiere investigaciones más profundas.

⁶² AGS, E., leg. 13, núm. 323, carta de 7 de julio de 1525.

⁶³ RODRÍGUEZ VILLA, A., *op. cit.*, 43 (1903), p. 113, carta de 14 de agosto de 1523, escrita al sentirse don Fadrique muy enfermo. Todo el epistolario de don Fadrique, publicado por DANVILA, está salpicado de cartas con abundantes consejos morales y políticos, dedicados a la formación de un joven príncipe (por ejemplo, V, pp. 337 y ss.).

⁶⁴ Carta de 15 de julio de 1524, desde Medina de Rioseco (AGS, E., leg. 12, núm. 259; pub. en *Revista de archivos, bibliotecas y museos*, 7 (1877), núm. 3, p. 45; en el núm. 1 del mismo año, p. 28, se publicó una carta de 4 de julio del mismo año, sin especial trascendencia.

⁶⁵ AGS, E., leg. 13, núm. 3.

⁶⁶ AGS, E., leg. 2-I, núm. 146.

⁶⁷ AGS, E., leg. 14, núm. 106, carta desde Medina de Rioseco, 17 de diciembre de 1526.

⁶⁸ AGS, E., leg. 13, núms. 255 y 259, cartas de enero de 1528; leg. 20, núm. 101 (septiembre de 1527); leg. 16, núms. 330 y 331 (octubre de 1528, etc.).

despachaba criados de su confianza⁶⁹, y, al menos, hacia 1530 le tenía como válido defensor de sus intereses en el entorno más próximo del Emperador⁷⁰.

El problema se suscitó con la marcha de Carlos V y el establecimiento del gobierno de la regencia, ante cuya autoridad cambió por completo la actitud del Grande castellano. El almirante, acompañado por el duque de Alba, acudió a Barcelona a despedir al Emperador; el comentario del embajador Salinas —«... vienen no sé de qué manera; pero yo creo que es más estorbar la posada que no a otro efecto»—⁷¹ transmite ya la sensación existente sobre la enojosa presencia de ambos ancianos ilustres. Los nueve años que restaban de vida a don Fadrique fueron quizás los más amargos, desde el punto de vista de su posición política, y nos ilustran sobre la forma de relación que había terminado por establecer Carlos V con la alta nobleza castellana. Tres elementos sirven para comprender esta compleja dinámica, que analizaremos brevemente: en primer lugar, su oficio de almirante; después su intervención en los diferentes conflictos nobiliarios y, por último, su relación con el gobierno de la Casa Real.

Creado en el siglo XIII, la evolución posterior del almirantazgo de Castilla le había llevado a ostentar tanto la jefatura superior de la armada como el ejercicio de la jurisdicción, civil y criminal, especialmente en las costas andaluzas. De este modo, el almirante se había convertido en uno de los principales puestos de la administración del reino, con un lugar preeminente en la Corte⁷². Además, ya hemos explicado cómo desde 1510 había acumulado el título de almirante de Granada. En este sentido, don Fadrique había desarrollado sus responsabilidades de dirección de las flotas en ocasiones señaladas, como sucedió con las flotas reales despachadas hacia/desde Flandes en los años noventa, pero no parece que, ni tan siquiera en sus años de juventud, se distinguiera por sus afanes marinos.

En todo caso, lo que aquí nos interesa apuntar es la actitud de don Fadrique, por lo que toca a su cargo, en tiempos del Emperador. Todo indica que después del fugaz rebrote de su importancia en tiempos de las comunidades —en 1522 todavía

⁶⁹ Por ejemplo, en 1525, AGS, E., leg. 13, núms. 11 y 12; el envío de Angelo de Bursa en 304.

⁷⁰ AGS, E., leg. 20, núms. 154 y 284, cartas al Rey desde Tordesillas y Lobatón, 30 de agosto y 25 de mayo de 1530, en las que escribía que «el comendador mayor dará cuenta a V. Mag. de algunas cosas mías».

⁷¹ Carta de 6 de mayo de 1529, desde Barcelona [RODRÍGUEZ VILLA, *op. cit.*, tomo XLIV (marzo 1904), cuaderno III, p. 218]. El 1 de marzo, desde Valdescopeco, el almirante acusaba recibo de la carta del Emperador en la que, como al resto de la nobleza titulada, explicaba los motivos que le habían inducido a la partida (AGS, E., legs. 17-18, núm. 44).

⁷² Sobre el tema, PÉREZ EMBID, F., *op. cit.*; MARTÍNEZ DÍAZ, F., «Los almirantazgos de Castilla y de las Indias después de 1492», *Poder y presión fiscal en la América española, siglos XVI, XVII y XVIII*, Valladolid 1986, pp. 67-92; TORRES SANZ, D., *La administración central castellana en la Baja Edad Media*, Valladolid, 1982, pp. 235-246; PÉREZ BUSTAMANTE, R., «El tratado de Tordesillas, los almirantazgos de Castilla e Indias y la jurisdicción mercantil y marítima», *El Tratado de Tordesillas y su época: actas del Congreso Internacional de Historia*, Madrid, 1995, I, pp. 455-465, artículo en el que se anuncia la inminente publicación de una monografía sobre los almirantes de Castilla, que no hemos podido localizar.

pretendió, como almirante, nombrar a la persona que había de llevar la armada a Inglaterra, a recoger al Emperador, en contra de la opinión del condestable—⁷³ debió centrarse en cuestiones más prosaicas, derivadas de las crecientes dificultades económicas de la alta nobleza. La defensa y, si fuera posible, ampliación de las grandes rentas obtenidas del ejercicio jurisdiccional del almirantazgo, aunque incluso negocios tan fundamentales para su hacienda fue capaz de supeditarlos en alguna ocasión a sus siempre presentes fines políticos. Así, en 1531 acudió al César en demanda de ciertas prerrogativas que se le debían en el cargo de Granada, al tiempo que atacaba la sempiterna actitud hostil hacia sus negocios del Consejo de Castilla⁷⁴; pero, atendida la súplica por voz de Tavera, reculó en sus planteamientos, y levantó la sospecha del cardenal, quien pensaba que «... estas sus peticiones se enderescan a otros fines».

Ello no obsta para que, siquiera de forma nominal, el almirante siguiera atento a las antiguas prerrogativas de su cargo. Todavía cuando el renombrado marino genovés Andrea Doria se pasó con su flota al bando imperial, y fue nombrado almirante de la mar, don Fadrique elevó una queja porque el poder que se le dio «... no acepta el suyo, que cree que fue no mirándose»; obtuvo respuesta positiva para que, al menos sobre el papel, su preeminencia no se viera afectada⁷⁵. En realidad, como decimos, don Fadrique nunca destacó por su vocación marina, y, por otro lado, la Monarquía comenzaba un incipiente desarrollo de sus estructuras militares, al compás de la ampliación de sus responsabilidades en la Cristiandad. Tanto en el orden administrativo y de gobierno como en los aspectos logísticos y estratégicos de la disposición de las armadas y ejércitos, es evidente que el cargo de almirante mayor de Castilla se había quedado obsoleto, ya en tiempos de su progenitor, en aras de un esquema mucho más dinámico, y que conoció una evolución constante a lo largo del siglo XVI, especialmente en el campo marítimo.

Por lo que toca a los conflictos nobiliarios, como señor emparentado con las principales Casas del reino don Fadrique se creyó en la obligación de intervenir en los pleitos más importantes de aquellos años. El tiempo y esfuerzo que dedicaban los regentes y principales consejeros a dilucidar estas cuestiones nos hablan de la importancia de primer orden que revestían para el gobierno de la Monarquía, debido a la posición preeminente de la nobleza en el seno de la organización político/social y, en último extremo, para la propia estabilidad del sistema. Disponemos de varias muestras significativas, y para empezar los litigios planteados en la transmisión de los títulos.

Probablemente, el negocio más importante en el que tuvo que intervenir fue la complicada sucesión del ducado de Béjar. Muerto en septiembre de 1531 el anciano duque don Álvaro de Zúñiga, sin sucesión legítima directa, se desató una dura pugna

⁷³ Hurtado de Mendoza al Rey, 4 de febrero de 1522 (AGS, E., leg. 10, núm. 106).

⁷⁴ AGS, E., leg. 22, núm. 26: «El almirante dize los agravios que se le hazen en el Consejo, y especialmente en lo del almirantazgo en Málaga contra sus privilegios antiguos.»

⁷⁵ AGS, E., leg. 22, núm. 48, resolución de negocios en la Corte imperial, aunque no hemos localizado el memorial original del almirante, que nos hubiera concretado el alcance de su queja.

por la opulenta herencia, incluida la contaduría mayor de Castilla. Contendían, por un lado, un sobrino nieto del almirante, don Francisco de Sotomayor, quinto conde de Belalcázar, que había desposado en 1518 con una sobrina del difunto, Teresa de Zúñiga, marquesa de Ayamonte ⁷⁶. Era éste el heredero legal del duque —que parece que no había congeniado en vida con su sobrino político— ⁷⁷ y don Fadrique escribió una carta al Emperador en cuanto tuvo noticias del fallecimiento, para defender sus pretensiones ⁷⁸. Más afecto profesara don Álvaro a un hijo habido fuera del matrimonio, don Pedro de Zúñiga, a quien había casado con la hija de uno de sus primos, el conde de Miranda, que por aquellos años de regencias en Castilla se había convertido en uno de los principales ministros del gobierno.

Ninguna de las dos partes estaba dispuesta a renunciar a la herencia, y el conflicto alcanzó rápidamente dimensiones políticas, porque Miranda se implicó desde el primer momento en la defensa de los derechos de su yerno. Pero tampoco el almirante desaprovechó la oportunidad para, al tiempo que apoyaba a su familia, manifestar su descontento con los representantes del gobierno, y acusar al ministro de locura por sostener las pretensiones del «bastardo» ⁷⁹. El negocio, que llegó a afectar seriamente la posición del conde de Miranda, se dilucidó en el Consejo Real, y al final se dictó una sentencia de compromiso: Belalcázar obtuvo título y estados, y Pedro de Zúñiga —futuro primer marqués de Aguilafuente— una sustanciosa cantidad de dinero ⁸⁰.

El almirante se implicó también en la complicada sucesión del condado de Buendía, cuyo tercer titular, Juan de Acuña, murió en abril de 1528 habiendo engendrado únicamente una hija, Catalina de Acuña, tenida por inhábil. Pedro, hermano del difunto conde y que parece había esperado el desenlace con ansiedad ⁸¹, heredó título y estados. Pero el almirante, primo hermano de ambos, pleiteó en el Consejo Real por los derechos de Catalina, de la que era tutor. La sentencia, dada hacia 1530, dio la razón a Pedro de Acuña, y el almirante no sólo acogió a doña Catalina y su servidumbre en Medina de Rioseco, sino que en su testamento se aseguró de que siguieran disfrutando de alojamiento adecuado durante toda su vida ⁸². Con todo, no sin ciertas dosis de resig-

⁷⁶ Sobre la boda, AGS, CC, lib. ced. 43, fol. 116.

⁷⁷ Véase el testimonio de un personaje contemporáneo en KENISTON, H., pub. *Libro de la vida y costumbres de don Alonso Enríquez de Guzmán*, Madrid, 1960, pp. 39-40.

⁷⁸ AGS, E., leg. 22, núm. 129.

⁷⁹ Carta al Rey de primero de noviembre de 1531 (AGS, E., leg. 22, núm. 122); más correspondencia sobre el tema en *ibidem*, núm. 129; leg. 123, núms. 124 y 127.

⁸⁰ Sobre el tema, numerosa correspondencia de los principales protagonistas en AGS, E., legs. 22 a 24, y AGS, GM, leg. 11, núms. 1 a 20.

⁸¹ Véase su carta al monarca, sin fecha, en la que notificaba la grave enfermedad de su hermano, en la que apostillaba: «si por caso Dios fuere servido de le llevar, al punto lo haré saber a V. Mag. para que me envíe a mandar lo que tengo de hacer, porque siempre querría acertar...» (AGS, E., leg. 2-I, núm. 117).

⁸² RAH, Ms. M-50, fol. 129.

nación, Tavera advirtió al rey que «bien creo que terná V. Mag. sobre ellos queexas del almirante...»⁸³.

Pero, además de las herencias, los enlaces matrimoniales entre las casas eran también motivo de graves fricciones. Así sucedió con el joven marqués de Astorga, Pedro Álvarez Osorio, quien con gran escándalo trató de desligarse del compromiso adquirido para casar con María Pimentel, hija del conde de Benavente, pues era notoria su preferencia por la condesa de Valencia. En su afán encontró el apoyo del almirante, pero los propios condes de Valencia manifestaron al monarca su oposición absoluta al enlace⁸⁴, así que a la postre fueron vanos todos sus intentos, apelación al Papa Clemente incluida⁸⁵.

También intervino don Fadrique a comienzos de 1532 en apoyo de su sobrina María Enríquez, quien había recibido pleito homenaje de casamiento del conde de Urueña, compromiso roto en favor de María de la Cueva, hermana del duque de Alburquerque y dama de la emperatriz. El almirante, «con gran pasión y sentimiento, tanto que le saltaban las lágrimas», lanzó un alegato en el Consejo de Castilla contra la justicia en general —«en estos reinos no hay juez sin sospecha para su sobrina»— y Alburquerque en particular, sin olvidar los ataques contra la propia emperatriz, quien sospechaba el almirante que habría de favorecer a doña María, por tener asiento en su Casa⁸⁶.

Este último aspecto nos introduce en el tercero de los apartados que estamos estudiando, su relación con el gobierno de la Casa Real. La despatchada reflexión del almirante en el caso de María Enríquez ya nos indica que se trataba de un tema muy conflictivo, y que para la nobleza era una prioridad la capacidad de introducir parientes y deudos en el servicio de los diferentes príncipes. Además del prestigio inherente, garantía de reputación para el linaje, había que tener en cuenta tanto las posibilidades que ofrecían tales estructuras para alimentar la clientela más o menos numerosa de los aristócratas, como la necesidad —más acusada cuanto mayor fuera la ambición política del interesado— de controlar el entorno inmediato de los soberanos, y por ende una posible fuente de influencia sobre las regias voluntades.

En realidad, don Fadrique tuvo problemas desde el primer momento, pues la necesidad de atender a su vasta prole le enfrentó inevitablemente con los intereses de otros personajes de la nobleza, en especial en tiempos de las comunidades, cuando se creyó con derecho a intervenir en la Casa de la reina Juana. Así por ejemplo, en diciembre

⁸³ Para este tema, Tavera al Rey, 3 de mayo 1529 y 23 de marzo de 1530 (AGS, E., leg. 16, núm. 334, y legs. 17-18, nums. 150 y 168); el nuevo conde de Buendía al monarca, 23 de mayo de 1529 (*ibidem*, legs. 17-18, núm. 195, y leg. 19, núm. 334).

⁸⁴ AGS, E., leg. 1-I, núm. 157.

⁸⁵ Sobre el negocio, LÓPEZ DE HARO, A., *op. cit.*, I, p. 289, y abundante documentación en AGS, E., legs. 16 a 20, en la correspondencia de la emperatriz y Tavera; en legs. 17-18, núm. 185, se encuentra una carta del almirante en creencia del marqués.

⁸⁶ Tavera al Rey, en cartas de 13 de mayo, 4 de septiembre y 17 de noviembre de 1532 (AGS, E., leg. 24, nums. 164, 176 y 202); asimismo la Emperatriz en misiva de 13 de mayo (AGS, E., leg. 24, núm. 397, MAZARIO, p. 341). Véase además el memorial localizado en AGS, E., leg. 26, núm. 26.

de 1520 nombró como despensero mayor de la soberana, en el lugar de un notorio comunero, a un criado suyo, Baltasar de Villarroel. El paso se dio antes de que el marqués de Denia, gobernador del servicio de Juana, obtuviera una cédula real para que no se proveyera ningún oficio de la Casa hasta que regresara el monarca, pero el marqués se negó a aceptar el nombramiento y provocó un fuerte enfrentamiento, odio que perduró a lo largo del tiempo ⁸⁷.

En cualquier caso, desde el final de la guerra de las comunidades no se detecta su influencia, al menos de forma significativa, en la formación de la Casa de Carlos, ni en la de Castilla ni en la de Borgoña, aunque consta que lo intentó en alguna ocasión: en 1522 pidió un puesto de aposentador en la Casa de Borgoña para uno de sus sobrinos ⁸⁸. Por el contrario, resultan más notorias sus tentativas de introducir a su familia en la Casa de la emperatriz Isabel: en noviembre de 1525 recomendaba a su sobrina, Ana Enríquez, para entrar como dama ⁸⁹, aunque fue otra de sus sobrinas, Luisa (hija de su hermano Fernando), quien lo consiguió hacia 1528 ⁹⁰.

Fue precisamente un puesto de dama en la Casa de Isabel el que provocó un enfado monumental de la regente con el almirante. Al parecer por solicitud de don Fadrique, en la primavera de 1531 la emperatriz accedió a dar entrada en su Casa a Constanza, casada con un sobrino del anciano magnate, Alonso Enríquez ⁹¹; era éste alcalde de Valladolid, y por orden del almirante había pasado seis meses estudiando el pleito de la reina Catalina de Inglaterra, a fin de viajar a Roma para defender los derechos de la soberana repudiada ⁹². El caso es que, elegida la nueva dama, el almirante rechazó la merced, dado que las damas no podían tener vínculos matrimoniales, y la excepción sin duda habría de manchar la reputación de su linaje. Y lo hizo de forma poco apropiada, pues además unía el agravio de ver negada por parte de la emperatriz su petición de recomendación a Roma para Alonso Enríquez. Isabel reaccionó despachando a su capellán, Esteban de Almeyda, para hacer saber el enojo que le había producido el negocio ⁹³.

* * *

El resultado de todos estos movimientos fue un acusado malestar del gobierno de la regencia con el almirante, quien, a su vez, se sentía atacado e incomprendido en sus numerosos servicios prestados a la Monarquía ⁹⁴. Llegó un momento, en julio de

⁸⁷ Almirante al Rey, notificando el nombramiento para que lo tuviera por bien, 13 de diciembre de 1520 (AGS, PR. CC, leg. 2, núm. 113; DANVILA, II, p. 651); Denia al Rey, 9 y 21 de febrero de 1522 (AGS, E., leg. 10, núm. 34 y PR. CC, leg. 3, núm. 79; DANVILA, III, p. 224). Sobre la fuerte enemistad entre ambos, Adriano al Rey, 21 de febrero de 1521 (AGS, PR. CC, leg. 2, núm. 211; DANVILA, III, p. 222).

⁸⁸ Vacante por la defunción de Agustín Sánchez (AGS, E., leg. 10, núm. 8).

⁸⁹ AGS, E., leg. 13, núm. 316.

⁹⁰ AGS, CSR, leg. 31, núm. 61.

⁹¹ Hija de Gaspar de Robles y de...

⁹² AGS, E., leg. 22, núm. 241, carta al Rey de 5 de abril de 1531, dando cuenta del negocio.

⁹³ Instrucción para el capellán en AGS, E., leg. 22, núm. 22.

⁹⁴ Tal era la sustancia del mensaje que portó en abril de 1531 su primo, Diego Enríquez, a la Corte del Emperador (AGS, E., leg. 22, núm. 119).

1532, en que Isabel escribió a su esposo que «con gran trabajo se le puede sufrir» y que convenía a su autoridad alejarlo de la Corte⁹⁵. Semanas más tarde, discurría alguna argucia que le permitiera perder de vista al incómodo anciano:

A V. Mag. ove escrito la trabación e ynpedimento que el almirante da a los negocios que aquí se tratan, así en el Consejo Real como en todo lo otro, y que pensava quando me partiera mandar que él y el duque de Alburquerque se quedasen, porque el almirante se pudiese menos agraviar. Y después como mandé llamar las Cortes, y conozco su condición y mañas que tiene, paresciome que hasta que aquellas se acabasen se devía suspender, aunque *no cesa de continuar a decir y escrevir y procurar con grandes y otras personas cosas escandalosas y contra la reputación de la governación destes reinos*, y aun a dicho que a V. Mag. y a otras personas de su Corte a escrito hartas cosas desta calidad⁹⁶.

Por su parte, Tavera consideraba que el almirante no sólo había sobrepasado todos los límites permisibles, sino que además con su actitud podía afectar a la estabilidad del gobierno de la regencia, dado el efecto de contagio al resto de los Grandes, que comenzaban a «... hablar cosas perjudiciales, y no de buena manera, y como en tiempos quebrados se solía hazer», de modo que solicitó al Emperador que le escribiese en los términos adecuados⁹⁷. El fantasma de las comunidades no se había disipado de la mente de los ministros de Carlos V, y muchas heridas todavía estaban sin cicatrizar.

Prueba de la tensión alcanzada fue la estrecha vigilancia a que fue sometido el almirante, en tanto llegaba la respuesta imperial. Así, cuando viajó a Escalona para mantener ciertas entrevistas, provocó inmediatamente la alarma del gobierno, y el cardenal informó a Carlos V de que se enteraría de todo lo tratado, por muy secreto que fuese⁹⁸. Finalmente, el Emperador atendió las peticiones y escribió una dura carta al almirante, quien acusó el golpe, pero pidió una audiencia a los consejos de Estado y Castilla, reunidos en sesión conjunta y en presencia del condestable, para exponer sus razones. Isabel rechazó la propuesta, pero don Fadrique se presentó en Consejo Real y lanzó una larga diatriba sobre la cantidad y calidad de los servicios prestados a la Monarquía, en cuyo pago el monarca le había enviado la carta mencionada, que leyó íntegra a los consejeros. Parece que Tavera, con mucha paciencia, consiguió aplacarlo, y al poco informaba al Emperador de que el mal había quedado atajado de raíz⁹⁹.

Los últimos años de su vida, don Fadrique se concentró en arreglar los detalles de su cuantiosa herencia. Dado que la unión con la condesa de Módica no le había proporcionado herederos legítimos, el sucesor natural era su hermano, don Fernando. El problema residía en las malas relaciones que mantenían ambos, que llevaron al almi-

⁹⁵ AGS, E., leg. 24, núm. 273 (MAZARIO, p. 349), carta de 28 de julio de 1532.

⁹⁶ AGS, E., leg. 24, núm. 61 (MAZARIO, pp. 350-351), carta a Carlos V de 23 de agosto de 1532. La cursiva es nuestra.

⁹⁷ AGS, E., leg. 24, núm. 180; y la resolución afirmativa en la Corte imperial en *ibidem*, núm. 84.

⁹⁸ AGS, E., leg. 24, nums. 164 y 165.

⁹⁹ AGS, E., leg. 24, nums. 178, 222 y 233.

rante a amenazar con vender los almirantazgos de Castilla y Granada, e incluso a buscar un heredero diferente entre la numerosa prole de sobrinos. De todas formas, el futuro del linaje pesaba más que consideraciones personales, y se buscaron fórmulas para mantener intacto el vasto patrimonio reunido por el anciano aristócrata. Con este fin, en 1515 el almirante concertó el casamiento entre Luis Enríquez, hijo de su hermano —y, con el tiempo, sexto almirante de Castilla—, y Ana Cabrera, sobrina de su esposa. En agosto de 1530 don Fadrique decidió transferir a la pareja —consumaron el enlace en 1533— los títulos y posesiones en Sicilia y Cataluña que habían pertenecido a su difunta esposa ¹⁰⁰.

Cuando, en noviembre de 1536, don Fadrique despachó a su primo Enrique de Castilla a hablar con la emperatriz, su firma era ya temblorosa ¹⁰¹. Todavía a finales de 1537 tenía fuerzas para intervenir en el espinoso asunto del casamiento del marqués de Cuéllar —primogénito de sus primos, los duques de Alburquerque—, incluido el envío del consiguiente emisario a la Corte Imperial ¹⁰². Pero en los primeros días de enero del año siguiente tuvo que soportar el desacato de las autoridades de Medina de Rioseco en la elección de alcaldes y, aunque la emperatriz mandó castigar el desmán, «...la pasión y enojo que recibió fue tanta que bastó a acabarlo, y asy falleció a los dyas», que fue el 9 de enero, miércoles, por la noche ¹⁰³.

Don Fadrique fue el último de los almirantes mayores de Castilla en ostentar en su plenitud los beneficios y prerrogativas acumulados en siglos de historia —tras su muerte, Carlos V comenzó a desmontar gran parte de los antiguos privilegios del cargo— ¹⁰⁴; pero con él también desapareció uno de los nobles humanistas más significados de su época, en el tiempo en que el movimiento se desvanecía del horizonte político de la Corte del Emperador.

Conclusión

La trayectoria vital de don Fadrique nos ha permitido examinar el papel que, en términos políticos, jugó la alta nobleza castellana durante la primera mitad del reinado del Emperador. En nuestra opinión, la relación de Carlos V con este estamento preeminente estuvo profundamente marcada por el trauma de las Comunidades, tal y como demuestra el revelador comentario del cardenal Tavera, hacia 1532. Necesitado de su

¹⁰⁰ AGS, E., leg. 21, núm. 46 y leg. 22, núms. 2 y 48.

¹⁰¹ AGS, E., leg. 36, núm. 203.

¹⁰² AGS, E., leg. 41, núm. 211, 20 de septiembre de 1537.

¹⁰³ Vázquez de Molina a Cobos, 12 de enero de 1538 (AGS, E., leg. 42, núm. 148).

¹⁰⁴ De modo que cuando, el 22 de abril, su hermano Fernando recibió título de almirante mayor de Castilla, se le suprimió el título de almirante de Granada, a cambio del cual fue hecho primer duque de Medina de Rioseco (ambos títulos en RAH, Ms. M-50, fol. 185; sobre los movimientos siguientes de Carlos V para desmontar los privilegios del almirantazgo, MARTÍNEZ DÍEZ, G., *op. cit.*).

apoyo ante la sublevación del reino, sin embargo el comportamiento de los grandes señores en la crítica coyuntura —explicitado sin contemplaciones en el abundante epistolario del cardenal Adriano— condicionó sin duda la formación de la opinión ulterior del César.

Esta opinión se tradujo durante los años siguientes en el establecimiento de unas determinadas formas de relación entre la Monarquía y la alta nobleza castellana, que hemos estudiado en tres campos, a nuestro entender fundamentales: la fijación de las nacientes estructuras de gobierno en el ámbito hispano —sin contar las posibilidades de servicio fuera del reino que se abrieron con la llegada de una dinastía extranjera¹⁰⁵—, la asistencia doméstica del monarca y los conflictos nobiliarios. Es cierto que el ejemplo del almirante es extremo, pues apenas tuvo relación con los dos primeros puntos —salvo en un período muy concreto y excepcional— y su presencia en los litigios tuvo casi siempre un carácter conflictivo para el gobierno de la regencia y, por extensión, la propia estabilidad del sistema.

Cabe pensar que el comportamiento del resto de los Grandes fue más atemperado, pero los escasos estudios disponibles sobre este período apuntan que el César empleó a los miembros de la alta nobleza castellana más en la estructura de las Casas reales que en el gobierno de las regencias hispanas¹⁰⁶. Una primera aproximación a este fenómeno nos indica que, además de sus funciones tradicionales —guerra, diplomacia, representación territorial del monarca—¹⁰⁷ Carlos V prefirió utilizar en su servicio doméstico a los magnates y a sus familias, con fuerte implantación en sus respectivos estados, como forma de integración de las elites locales, creando nuevos lazos de fidelidad con la Corona, mientras dejaba el gobierno de las regencias, cada vez más técnico, en manos de los letrados o ramas menores de los principales linajes, según el tipo de negocios.

Por supuesto, es ésta una afirmación tan general como poco novedosa, que, por tanto, requiere sus matizaciones. Porque, aunque tenemos noticia del escaso grado de

¹⁰⁵ Algunas reflexiones en este sentido, CARRASCO MARTÍNEZ, A., «Las noblezas de los reinos hispánicos. Modos de integración y conflictos en la segunda mitad del siglo XVI», *Felipe II y el Mediterráneo*, BELENGUER CEBRIÁ E. (coord.), Madrid, 1999, II, pp. 48 y ss.

¹⁰⁶ Por ejemplo, ATIENZA HERNÁNDEZ, I., *Aristocracia, poder y riqueza en la España moderna. La Casa de Osuna, siglos XV-XIX*, Madrid, 1987, pp. 99-100, comenta el caso de Juan Téllez Girón, cuarto conde de Ureña, retirado a sus estados en los años treinta, tras un breve servicio al Rey. También el caso del duque de Nájera ha sido tratado por MONTERO TEJADA, R. M., «Ideología y parentesco: bases de la actuación política del primer Duque de Nájera a comienzos del siglo XVI», *Espacio, tiempo y forma (serie III-Historia Medieval)*, 5 (1992), pp. 229-260.

¹⁰⁷ En este sentido, dos obras recientes nos ilustran sobre el papel de la nobleza en la diplomacia y el gobierno territorial: por lo que toca al primer aspecto, OCHOA BRUN, M. A., *Historia de la diplomacia española. La diplomacia de Carlos V*, Madrid, 1999; respecto al segundo, PÉREZ-BUSTAMANTE, R., *El gobierno del imperio español: los Austrias, 1517-1700*, Madrid, 2000, ofrece un amplio anexo titulado «La nobleza de España y la gobernación del imperio» (pp. 409-583) que, aunque incompleto y con algunos errores en la época que nos ocupa —por ejemplo, confunde al marqués de Cenet. con el de Cañete—, puede servir para situar *grossa modo* la participación de la aristocracia en el gobierno territorial, aunque desde luego faltan estudios en profundidad sobre sus actuaciones.

participación de la nobleza castellana en las regencias hispanas, sabemos todavía muy poco del segundo apartado, con todas sus connotaciones. Aspectos, por ejemplo, como la presencia, en cantidad y calidad, de los diferentes linajes en las distintas Casas reales que fueron apareciendo en Castilla, así como su procedencia geográfica —incluidas las conexiones con la nobleza de otros reinos hispánicos—, estuvieron sin duda determinados por la dinámica interna de cada casa nobiliaria —sus necesidades, coyunturas, ambiciones y habilidades—, y su posición en el delicado y complejo universo de las relaciones nobiliarias, pero también por las propias intenciones del Emperador y sus ministros. En definitiva, todas estas variables, que en gran medida están todavía por estudiar, se proyectaron en unas determinadas formas de relación entre la corona y la alta nobleza castellana en la primera mitad del siglo xvi.